

● Periférica reúne dos relatos fantásticos de Stevenson, 'Olalla' y 'Markheim'

# El triunfo de la voluntad

## UN REGALO PARA NAVIDAD

**Robert Louis Stevenson.** Trad. Juan Sebastián Cárdenas. Ilust. Tyto Alba. Periférica. Cáceres, 2012. 160 páginas. 16 euros

## Manuel Gregorio González

Todorov, en su definición de lo fantástico, señala que en dicha literatura "existe siempre la posibilidad formal, exterior, de una explicación simple". De este modo, el lingüista búlgaro acotaba el ámbito de la fantasía, en un sentido estricto, diferenciándola de otras zonas limítrofes: la ciencia-ficción y el género de lo maravilloso. Los dos relatos recogidos en este volumen se incluyen sin dificultad bajo el membrete de lo fantástico. No así *El extraño caso del Dr. Jeckyll y Mr. Hyde*, publicado un año más tarde, en 1886, y cuya naturaleza oscila entre lo fantástico y la *science-fiction*, tan propia del positivismo victoriano. Otro de los requisitos del género exige un escenario normal, un hecho cotidiano, para que emerja eficazmente lo extraño. Y eso es lo que ocurre tanto en *Markheim* como en *Olalla*. Bajo la superficie de lo habitual, se abrirá paso a una oscuridad impensada.

En *Markheim*, tal escenario será una tienda de antigüedades, en las últimas horas del día de Navidad. En *Olalla* es una zona indeterminada de la geografía española (¿Sierra Morena, los altos del Guadarrama, las frías estribaciones de la meseta castellana?), la que da pie a una peculiar historia de vampirismo. En ambos casos será un hecho anodino (la entrada de un cliente en un viejo anticuario, el descanso de un soldado herido en la Guerra de la Independencia), la que ofrezca la posibilidad del misterio. En ambos relatos, la vuelta a la normalidad habrá traído un singular triunfo: el triunfo de la voluntad humana. En Stevenson, más que el drama-



'Robert Louis Stevenson y su mujer' (1885), retrato realizado por John Singer Sargent.

tismo del paisaje o la épica derivada de una geografía remota, se impone el drama del hombre enfrentado consigo mismo. Jeckyll y Hyde es, en cierto modo, una representación, escindida en dos cuerpos, de esta secular contienda, luego popularizada por Sigmund Freud. Su propia vida —la de Stevenson— es un decoroso ejemplo de esa pugna con el gravamen propio. Aun así, hay una suerte de modernidad, un singular aplomo, que funciona en Stevenson contra la ondulación del siglo. En 1897,



*Drácula* significará el peso del linaje, la oscura volición de los instintos, gravitando sobre la paz burguesa. Y en 1886, un año después de la publicación de *Olalla*, *El Horla* de Maupassant traerá un vampirismo hipnótico, una voz interior, poderosa y esquiva, que llama a sus protagonistas a la predación y la sangre. Esta subyugación al orbe instintivo, figurado como un vago susurro de naturaleza onírica, es un lugar común de la literatura fantástica, muy fácil de encontrar en Hoffmann, en Bécquer o en Le Fanu. También en esa categoría romántica que señala la inspiración como un soplo exterior al propio entendimiento. En Stevenson, sin embargo, es un

imperativo moral el que finalmente se impone. En *Markheim*, un hombre encontrará su salvación reconociéndose como asesino;

En estas obras, bajo la superficie de lo habitual, se abrirá paso a una oscuridad impensada

no; en *Olalla*, una hermosa mujer escogerá la soledad, la resignada pureza del eremita, para borrar la huella de su propio linaje. La peculiaridad de estos relatos radica, pues, no en un triunfo del Bien

asociado a la felicidad; sino en el fracaso del Mal, en la disipación de una amenaza, vinculada al crimen y el infortunio.

Ahí reside, probablemente, la moderna complejidad de Stevenson. Una complejidad que prefigura otro género de nuestros días: el género negro. En Poe, maestro absoluto del relato fantástico, la extinción de una amenaza conlleva la recuperación de la normalidad y el restablecimiento de un orden previo. A la contra, el imperio del mal conducirá a sus protagonistas a la condenación y el oprobio. En Stevenson esto ya no es así; del mal nacerá un bien no exento de amargura. Y del bien habrá nacido un mal, doloroso e imprevisto. El final de *Olalla*, bajo el aspecto de un cuento gótico tradicional, impone la definitiva separación de unos amantes. La resolución de *Markheim*, escrito a la manera de un delirio diurno, presenta como salvación, como hecho redimible, la estúpida comisión de un crimen. Lo extraño, lo fantástico, habrá remitido. Y todo, como quiere Todorov, será susceptible de una explicación clara y sencilla. Sin embargo, la normalidad recuperada será una normalidad otra, donde el dolor y el orgullo, la razón y el espanto se habrán dado la mano.

El hecho mismo de que Stevenson haya escogido el vampirismo para representar dicho drama, no hace sino señalar en esta dirección. Todos los vampiros anteriores, desde Goethe, Hoffmann, Polidori, Le Fanu, Gautier, Maupassant, Tolstoi, Féval, etcétera, hasta el vampiro arquetípico de Stoker, son la acuñación, la figura antropomorfa, de fuerzas ingobernables y maléficas. Y sólo el exterminio de esta monstruosidad arqueológica hará posible la recuperación del orden natural de las cosas. No obstante, la dulce, la hermosa *Olalla* de Stevenson, es a un tiempo el monstruo y su refutación, abrazada a una cruz de piedra. A lo cual debe añadirse otro notable hallazgo: Stevenson, y modernamente Joan Perucho, sitúan al vampiro en España, vieja frontera con el Islam, como la Valaquia de Vlad el Empalador, el áspero caudillo Tepes.

lección—, la poesía china, el cine etnográfico, la imagen del tigre o el color azul son algunos de los temas abordados en piezas que combinan datos extraídos de disciplinas como la literatura, la geografía, la historia de las religiones, la antropología o las ciencias naturales. A partir de ellas, Weinberger elabora un cóctel —o un collage, o un *patchwork*— que sorprende por su inteligencia, por su capacidad de análisis, por los vastos horizontes que enfrenta y por el modo como enlaza los testimonios ajenos para forjar un discurso propio. Más que prosa, verdadera poesía de las ideas.

## LAS CATARATAS

**Eliot Weinberger.** Trad. Aurelio Major. Duomo. Barcelona, 2012. 224 páginas. 16 euros

## I. F. Garmendia

Hay autores que nos llegan hasta tal punto avalados por nombres prestigiosos que inspiran cierta prevención, pues el aplauso unánime tiene a menudo un efecto disuasorio. De Eliot Weinberger venimos leyendo elogios desde hace años, pero hasta ahora —aunque había títulos disponibles como *Rastros kármicos* (Emecé, 2002) o *Algo elemental* (Atalanta, 2010)—

# Poesía de ideas

no nos habíamos acercado a su obra, famosamente lúcida y en efecto adictiva. El nuevo volumen de Duomo, *Las cataratas*, reúne once ensayos del neoyorquino en una memorable antología que abarca un cuarto de siglo de trayectoria, desde mediados de los 80 hasta ayer mismo.

Familiarizado con las culturas del Oriente y con la literatura de lengua española, Weinberger propone una variante híbrida del en-

sayismo que aúna glosas, inquisiciones o aforismos en una fórmula caracterizada por la mirada lírica, la erudición y el sentido crítico. Es una fórmula que en ciertos aspectos puede remitir a Borges, al que ha traducido, o también a la tradición enciclopedista, pero su prosa no



procede sólo por acumulación —aunque de hecho practica el acopio— sino por vislumbres libremente asociados para construir un sentido. Concentrado pero paradójicamente liviano, el discurso de Weinberger se nutre siempre de fuentes históricas, en la creencia inobjetable de que la realidad contiene material de sobra para suscitar el asombro.

El racismo —analizado en el magistral ensayo que da título a la co-